



INSERTOS PARA BOLETINES

21 de septiembre de 2025 – Pentecostés 15 (C)

El Credo Niceno: Semana 2

Para conmemorar el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, el Rvdmo. Matthew Gunter, obispo de Wisconsin, ha escrito una serie de reflexiones sobre el Credo Niceno y su importancia para los episcopales contemporáneos. En las próximas semanas, compartiremos sus enseñanzas, redactadas principalmente en formato de preguntas y respuestas.

¿No fue el Credo Niceno el producto de las maquinaciones políticas del emperador Constantino?

Es cierto que Constantino convocó un concilio de obispos en Nicea. Sus razones para convocarlo fueron probablemente complejas. Quería orden en el imperio y probablemente veía las divisiones dentro de la Iglesia como una amenaza a ese orden. Además, los partidos eclesiásticos en conflicto habían causado disturbios sociales en algunos lugares del imperio. Como en la mayoría de los tiempos y lugares antes de la era moderna, esta era una época en la que la política y la fe se consideraban inseparables. La idea de que el buen camino de la Iglesia en su doctrina y culto pudiera afectar la bendición de Dios sobre la Iglesia y el imperio también pudo haber influido. Los emperadores romanos paganos habían asumido el papel de «Pontifex Maximus», el guardián del culto y la piedad del Imperio. Constantino, quien se había alineado con el cristianismo y finalmente fue bautizado, podría haberse considerado heredero de ese papel. Esto significaría que se consideraba al menos el guardián de la fe con cierta responsabilidad por la enseñanza de la Iglesia. También se registra que expresó su preocupación de que la desunión representada en diferentes facciones que enseñaban cosas diferentes sobre la naturaleza de Jesús y de Dios era un escándalo potencial que comprometía el testimonio de la Iglesia y contradecía la oración de Jesús de que la Iglesia debería ser una.

El emperador inauguró el Concilio y, hasta cierto punto, participó en él. Sin embargo, no está claro si Constantino participó directamente, más allá de presionar por un acuerdo viable entre diversas facciones teológicas. Es cierto que, una vez que el concilio «llegó a un acuerdo» en el Credo, Constantino apoyó con fuerza la postura ortodoxa. Pero finalmente indultó a Arrio. Y su hijo, Constancio, promovió la enseñanza de Arrio que el Concilio de Nicea había condenado. El arrianismo podría haber sido, de hecho, la opción políticamente más astuta. Era una postura popular en aquel entonces. Era más respetable filosóficamente. Y habría arraigado en el cosmos una jerarquía incuestionable de todos los seres: Dios, Jesús, el emperador, el pueblo, que habría sido útil para consolidar el poder en un imperio que se había fracturado entre múltiples coemperadores. ¡La idea de dos o tres personas coiguales en Dios no tenía las mismas implicaciones! Durante varias décadas, distintos emperadores apoyaron a distintas facciones eclesiásticas hasta el año 380, cuando el emperador Teodosio I declaró el cristianismo niceno como la fe oficial del imperio. Al año siguiente, también convocó el Concilio de Constantinopla, que revisó ligeramente el Credo hasta adoptar la forma que hoy profesamos.

El legado de la vinculación del cristianismo con el imperio es, en muchos sentidos, problemático. Pero esto no compromete necesariamente la legitimidad del Concilio de Nicea ni del Credo que este afirmó. Incluso se podría decir que la claridad y el poder unificador del Credo Niceno parecen ser obra del Espíritu Santo.